

Jue

6 Abr

Homilía de Jueves Santo

Año litúrgico 2022 - 2023 - (Ciclo A)

“Haced esto en memoria mía”

Introducción

Con la fiesta del Jueves Santo comienza en la Iglesia la celebración para la que nos hemos estado preparando en el tiempo previo de Cuaresma. El Triduo Pascual, que adquiere tantos matices culturales y expresiones religiosas diversas, pide a los creyentes entrar en él con humildad, en primera persona, como si fuera realmente una novedad. No es momento de quedarnos en devociones o sentimentalismos; tampoco se nos llama a revisar ahora nuestro comportamiento moral o costumbres, ni siquiera a repetir por inercia lo que siempre hemos hecho. Estamos invitados a adentrarnos directamente en lo más hondo del Misterio de Cristo, el Señor; a contemplarlo en profundidad, a dejarnos atrapar por la fuerza de un Amor que supera el tiempo y llega a nuestra realidad más íntima. En la Mesa del Cenáculo tenemos un sitio reservado para acoger los variados matices de la entrega de Jesús que nos llegan por el amor fraterno, la Eucaristía y la donación sacerdotal. Ojalá resuene en nosotros la experiencia de Pablo y la hagamos nuestra: “me amó y se entregó por mí” (Gal 2,20).



Fr. Javier Garzón Garzón
Convento Santo Tomás de Aquino - 'El Olivar' (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 12, 1-8. 11-14

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de los hijos de Israel: “El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino más próximo a su casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año; lo escogeréis entre los corderos o los cabritos. Lo guardaréis hasta el día catorce del mes y toda la asamblea de los hijos de Israel lo matará al atardecer”. Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo comáis. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, y comeréis panes sin fermentar y hierbas amargas. Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el Paso del Señor. Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor. La sangre será vuestra señal en las casas donde habitáis. Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora, cuando yo hiera a la tierra de Egipto. Este será un día memorable para vosotros; en él celebraréis fiesta en honor del Señor. De generación en generación, como ley perpetua lo festejaréis».

Salmo

Salmo 115, 12-13. 15-16. 17-18 R/. El cáliz de la bendición es comunión de la sangre de Cristo

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. R/. Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. R/. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando el nombre del Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 11, 23-26

Hermanos: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón

Pedro, y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

Pautas para la homilía

Esta es nuestra historia

Todos los pueblos tienen grandes gestas que definen su identidad. Israel presumía de una experiencia de liberación que sobrepasaba el poder de los hombres. Era el paso de la esclavitud a la libertad, de la muerte a la vida. Era reconocer la intervención de Dios en el momento más oscuro de aquel pueblo. El relato de aquella experiencia fundante, transmitido de generación en generación y celebrado anualmente, era algo más que un recuerdo. La Pascua tiene el poder de traer y actualizar un pasado glorioso para hacerlo motor de una historia que se sigue escribiendo. A Dios no se le alaba solo por su intervención en un momento determinado, sino que se reconoce su paso por el presente. ¡Dios sigue actuando, sigue salvando!

El israelita era bien consciente de ese memorial y lo incorporaba a la historia vital de cada creyente. Todos hemos sido salvados, hemos sido amados, hemos sido introducidos en una dinámica de vida y esperanza, que nos interpela. No podemos dejar de recorrer nuestro proceso personal, de vida y de fe, si no es en esta clave. Esta Pascua nos afecta, sigue teniendo efectos de salvación para nosotros. ¿Los reconocemos? ¿Somos capaces de percibir y agradecer el paso salvador de Dios por nuestros propios procesos? ¿Ponemos nombres e imágenes al amor liberador que el Señor ha derramado en nosotros?

El mandato de construir comunidad

Las comunidades judías esperaban a la primera luna llena de Nisán para hacer memoria de la sangre y el camino, el cordero y la libertad. Los seguidores de Jesús asociaron desde antiguo la riqueza de la Pascua con la entrega del Maestro en su Última Cena. En ella reconocieron al nuevo Moisés que reflejaba en sus actos y sus palabras la liberación definitiva; esa que supera las tierras y los imperios, las debilidades de lo humano y los tiempos antiguos. En el pan y el vino Jesús se dio a conocer por completo, porque en aquel gesto se delataba lo que le había movido en su vida pública: sus palabras y milagros, la búsqueda de cada persona en encuentros de vida, la predicación del Reino, su modo de revelar en todo ello quién y cómo es Dios.

La Última Cena de Jesús es para nosotros la Pascua definitiva. Por eso la celebramos cada semana, cada día, manteniendo sus palabras y reavivando su deseo. La Eucaristía que nos da la vida de la fe y la fuerza del espíritu, conecta con una doble exigencia de Jesús en aquella noche de Amor. En primer lugar, con la fraternidad, el sentido de comunidad, ese que –antes y ahora– es una emergencia de los cristianos: del único Cuerpo de Cristo se gesta la única Iglesia, sin rupturas ni divisiones. Pero también es una llamada a la entrega hecha desde el amor auténtico; romperse, agacharse, servir es prolongar la Pascua de Jesús. Sin individualismos ni soledades. Sin ritos vacíos o ajenos al amor.

¿Hasta el extremo?

Conocemos, desgraciadamente, el extremo al que puede llegar el mal provocado por las personas. Estamos demasiado familiarizados con él. Pero, ¿quién nos señala las cotas más altas que retratan la grandeza de la persona? En Jesús encontramos el tope máximo, la dignidad mayor del amor humano. “Los amó hasta el extremo”. Es importante el detalle. Siempre hay un “extremo” al que el amor puede tender y debe superar. Una vida sin amor es tiempo perdido. Como lo son los ratos de desgana, odios o divisiones. El “amor extremo” reconcilia a los humanos y les devuelve la dignidad y plenitud. En esta sociedad en la que tantos “diosecillos” nos engañan para vivir arrodillados como esclavos, sin ser conscientes del todo, la Pascua pregonaba que solo amar nos hace dignos, grandes, plenos. Un amor de gestos, rostros, historias y compromisos... En aquel Cenáculo no era solo Jesús quien, en un silencio desconcertante y pedagógico, se agachaba: era Dios mismo que reescribía su alianza nueva con cada uno de sus hijos e hijas para siempre. En el amor extremo de Jesús se nos brindan las claves para reconocer cómo somos y hemos sido amados. Pero también cómo y de qué forma somos invitados a amar. Es el “Amor de los amores”, adorado en el Sacramento y reconocido en nuestra historia. Porque también allí nuestros pies (tal vez heridos, sucios, paralizados o pródigos) fueron tomados, lavados y besados. E invitados a estrenar un camino nuevo en la ruta de la vida. ¿Hacia qué extremos me empuja el amor de Jesús?

Hacedlo vosotros

El Jueves Santo es una provocación. Como lo fue el lavatorio, o el pan y el vino, para los discípulos. Guardaron silencio. Les costó entenderlo. Pero mantuvieron y transmitieron la memoria de aquella tarde como el tesoro de la Iglesia. El Jueves Santo nos pone de rodillas, para adorar, contemplar y acoger el Misterio. Pero, a la vez, nos lanza al servicio del hermano. “Sed lo que veis y recibid lo que sois”, decía San Agustín. El gesto de Jesús y sus palabras nos empujan a los caminos del mundo para imitar a Quien nos enseñó a hacer de la vida un servicio de amor. El pan se parte y se da: sería inútil guardarlo cuando hay tanta hambre. Los pies se tocan y se lavan para que sigan la ruta: no se juzgan, ni se analizan, ni se contemplan.

El Jueves Santo nos empuja a ser prolongación de un amor liberador, escrito en la historia humana, que se revela en detalles concretos, continuos. ¿Cómo ser en este momento, en este mundo, prolongación real del amor de Jesús?



Fr. Javier Garzón Garzón
Convento Santo Tomás de Aquino - 'El Olivar' (Madrid)

Evangelio para niños



El lavatorio de los pies

Juan 13, 1-15

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando (ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara) y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios a a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y éste le dijo: - Señor, ¿lavarme los pies tú a mí? Jesús le replicó: - Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde. Pedro le dijo: - No me lavarás los pies jamás. Jesús le contestó: - Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo. Simón Pedro le dijo: - Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: - Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos. (Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo. "No todos estáis limpios".) Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: - ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis."

Explicación

Es un día estupendo para recordar con agradecimiento el gesto que Jesús realizó con sus amigos, durante la cena última que compartió con ellos. ¿Lo recordáis? Se puso una toalla a la cintura, cogió una palangana con agua y les lavó los pies uno a uno. Al terminar les comentó que lo que había hecho con ellos, debían hacerlo unos con otros, siendo siempre serviciales.